

que les llamamos nuestros resucitados: no puedes imaginarte lo agradecidos que están á todas las personas que los han asistido, y especialmente á nosotras.

CARTA XXVIII.

Como los pobres no encuentran por lo comun sino egoísmo é indiferencia, ó cuando más una compasion seca que se reduce á dejar caer en sus manos algunas frias monedas para remediar sus necesidades, es mucho lo que estiman las atenciones que les tienen y el interes que por ellas toma una persona, que no mirando en ellos más que á Jesucristo, se esfuerza en amarlos con aquel fuego que solo la caridad sabe encender y que únicamente sacia la necesidad que tienen los infelices de comunicar sus dolores á alguno, que participando con sinceridad de ellos, los consuele. Esta limosna de amor al pobre, siempre está en nustra mano dar, por necesitados que estemos, y cuando la escasez de recursos nos obligue á negar la material, compensémoslo, querida Carolina, no economizando consideraciones, buenos modales y afecto, seguros de que nos lo agradecerán más los pobres, que cualquiera otra cosa, y aun quedarán sorprendidos de gozar de lo que casi nunca encuentran, alimentados siempre como están con el pan del

Paris, Hospital de San Luis.
Ay! Carolina, la recrudescencia de la enfermedad, que desde hace varios meses diezma nuestra pobre patria, ha sido aquí tal vez más cruel de lo que te figuras; pero gracias á Dios el cólera ha desaparecido por completo, y hace ya quince dias que no se cuenta ni un solo caso. Tranquilízate, pues, por mi salud, que lejos de haber sufrido nada con la fatiga, ántes segun me parece está más robusta que nunca, porque (aquí entre nos) te diré que he hecho cosas que ántes creía superiores á mis fuerzas, y que creía yo que me hubieran postrado en cama, como desvelarme, estarme sin comer largo tiempo, trabajar mucho, etc. Todavía tenemos gran número de convalescientes, que se vieron tan á los últimos momentos de su vida,

que les llamamos nuestros resucitados: no puedes imaginarte lo agradecidos que están á todas las personas que los han asistido, y especialmente á nosotras.

Como los pobres no encuentran por lo comun sino egoísmo é indiferencia, ó cuando más una compasion seca que se reduce á dejar caer en sus manos algunas frias monedas para remediar sus necesidades, es mucho lo que estiman las atenciones que les tienen y el interes que por ellas toma una persona, que no mirando en ellos más que á Jesucristo, se esfuerza en amarlos con aquel fuego que solo la caridad sabe encender y que únicamente sacia la necesidad que tienen los infelices de comunicar sus dolores á alguno, que participando con sinceridad de ellos, los consuele. Esta limosna de amor al pobre, siempre está en nustra mano dar, por necesitados que estemos, y cuando la escasez de recursos nos obligue á negar la material, compensémoslo, querida Carolina, no economizando consideraciones, buenos modales y afecto, seguros de que nos lo agradecerán más los pobres, que cualquiera otra cosa, y aun quedarán sorprendidos de gozar de lo que casi nunca encuentran, alimentados siempre como están con el pan del

desprecio, y alejados del trato íntimo y amistoso de las personas de otra clase o circunstancias, por el retraimiento que con ellos guardan. ¡Qué dulce es amar verdaderamente al pobre!... Nuestros desgraciados enfermos nos atribuyen á nosotras todo el honor de su curacion, y mucha dificultad nos cuesta hacerles entender que sus acciones de gracias deben dirijirlas al Supremo dispensador de los bienes y de los males, de la vida y de la muerte....

Pero ¡ay! Carolina, si Dios ha permitido que nuestros cuidados arrancasen á algunos de la muerte, un número mucho mayor es el que hemos visto espirar en nuestros brazos; á algunos en toda la fuerza de su edad, á otros apenas en la primavera de su vida. Todos los dias presenciábamos las escenas más desgarradoras. No se oía en nuestras salas más que sollozos, quejidos, gritos de dolor y aun de desesperacion: ya era un pobre y honrado padre de familia, que nos encargaba, llorando, que le trasmitiésemos sus últimas palabras y sus más tiernos adioses, á su amada esposa, no sabiendo que pocos pasos adelante ella misma exhalaba su último aliento, pidiendo á Dios por él y por los infelices huérfanos que dejaba sobre la

tierra; otras veces era una simpática jóven que rogaba al Señor que no la llamase á sí tan pronto, que le permitiese cerrar antes los ojos de su anciano padre. A su lado un niño, piadoso y bello como un ángel, nos decía poco antes de entregar su alma inocente y pura, que consoláramos á su madre, de la que era el único tesoro y todo su consuelo. Este niño era el último de los ocho que ella había tenido y perdido: casi fuera de sí cuando le vió muerto, pidió su pequeño cadáver, lo lavó, lo amortajó con sus propias manos y lo acompañó hasta su última morada: despues, no pudiendo decidirse á alejarse del lugar que encerraba tan queridos despojos, pasó la infeliz toda una noche, por cierto muy fria y lluviosa, sobre la tierra que ocultaba á sus ojos los restos mortales del glorioso elegido. Hasta que amaneció no cesó de llamar con grandes gritos á la muerte, la que fué sorda á su voz, y así ella vive para llorar á su hijo. Nosotras la hemos recogido, le damos trabajo y hemos tenido el consuelo de devolver alguna calma á aquella alma destrozada por la afliccion, hoy mucho más resignada á la voluntad divina, de lo que nos atreveríamos á esperar.

Nunca acabaría, Carolina, si quisiera referirte todos los dramas que han pasado á nuestra vista; este recuerdo me indispono y me entristece, porque pienso que es necesario que los hombres hayan irritado mucho al Señor para que un Dios tan bueno haya podido resolverse á hacer pesar así su mano sobre ellos. Esperemos que tan severo castigo haga reflorcer entre nosotros la religion y las buenas costumbres.

Mucho te agradezco los pormenores que me has dado sobre la familia de mi protegido el ex-vampiro Julian. Me alegro de que su padre te haya inspirado interes, y de que el pobre muchacho haya conquistado tu afecto. Deseo que continúe mereciendo tu alta proteccion y espero que le buscarás una buena mujer, muy trabajadora y económica; en una palabra, capaz de hacerlo dichoso; puesto que él es tan buen hijo, debe ser ciertamente buen marido y buen padre. Si logras que tu papá se decida á darle su ranchito en arrendamiento, yo procuraré que mi hermano político le auxilie para los primeros gastos, y pondré tambien á contribucion las bolsas de las Sras. Leuplan y Marval. A fuerza de constancia hemos de conseguir que

mi pobre desertor se convierta casi en hacendado. Animo, pues, Carolina, y auxiliándonos Dios, te aseguro que tus esfuerzos serán coronados del mejor éxito.

Mucho me alegro de las buenas noticias que me das de Aurelia. Probablemente la veré muy pronto, porque su marido es llamado á Paris á consecuencia del ascenso que ha obtenido. ¿Cree-rás que nada me dice la traviesa de Aurelia, en su última carta? Yo me figuraria que me quería dar una agradable sorpresa si no fuera porque tambien me ha hecho misterio de sus esperanzas de llegar á ser madre. A ella le dan mucha risa mis enojos; pero eso no quita que no debia haberse portado así conmigo. Por lo demás dicen que todo fué con felicidad y que el Sr. de Marval está muy contento con su pequeña María. Se enorgullece de poderla llamar *su hija*, y ya me parece que al verla se pone más estirado de lo de costumbre y que levanta más que nunca la cabeza. ¿Qué será de aquí á quince ó diez y seis años? Mientras tanto, deseo que la vida sea muy dulce á su querida María, á quien quisiera yo poder dotar con la bondad y buena razon del señor su padre, y con el talento y excelente corazon de la señora su madre, quien,

entre paréntesis, ha llegado á ser tan prudente como era aturdida; tan buena como loca y extravagante era. Ha dirigido tan bien los ataques contra la indiferencia religiosa de su esposo, que está ya á punto de darse por vencido; no falta sino un nuevo asalto, y es muy fácil que se rinda á discreción.

Como me hace el honor de tener mucha confianza en *mis luces*, me ha reservado Aurelia la gloria de triunfar de sus últimas resistencias. Me ha dejado sin duda un papel muy bello que hacer, pero no el más fácil, porque el orgullo y el respeto humano pueden muy bien hacer todavía indecisa la victoria. En fin, si Dios lo quiere, se cumplirá nuestro deseo; haremos que él se arroje á la piscina, y ya después todo caminará bien. Si estoy convencida que dado el primer paso, servirá á Dios tan lealmente como sirve á su patria.

La oración es omnipotente, todo lo alcanza del corazón de Dios; vamos á comenzar el domingo próximo una novena para conseguir por la intercesión de la Santísima Virgen la conversión del Sr. de Marval, las Sras. Raffet, Leuplau, nuestras hermanas de Burdeos, las de aquí y Lucía, van á unir sus oraciones á las

nuestras, y creo que no es necesario exhortarte mucho para que tú hagas otro tanto, ofreciendo todas el último día la Comunión con ese objeto.

Adios, hasta muy pronto; luego que haya yo visto á Aurelia y abrazado por ti á su pequeña María, te escribiré para darte noticias de la madre y de la hija.

Tu amiga,

SOR TERESA.